

CAPÍTULO XXXVI. *Donde se dice el intento del demonio en haber usado de estatuas y simulacros en el mundo; y de cuán antiguo engaño ha sido el haberse disfrazado en diferentes formas para engañar a los hombres. Y cómo la primera imagen fingida se mostró en el paraíso*



PUESTO LO QUE EN EL CAPÍTULO PASADO hemos dicho acerca de la erección de las imágenes y simulacros, decimos en éste, que aquel engañador universal de las gentes, de quien dice San Pedro,<sup>1</sup> que anda cercando y rodeando el mundo por ver si halla que tragar, como bestia cruel y fiera, usó de esta astucia, maña e invención, por parecerle hallar en ella más fácil entrada a sus engaños y facilidades diabólicas, porque siendo (como es) espíritu invisible e incapaz de cuerpo y lengua, con la cual se forman las palabras en la boca herida de la lengua y el aire, no era posible por sí mismo, sin darse a entender por algún modo corpóreo y visible, salir con su pretensión; y así usó de esto dicho, aprovechándose de las imágenes de las criaturas para darse a entender por ellas. Su origen y principio fue en el Paraíso deleitoso donde Dios tenía puestos aquellos dos primeros hombres, que fueron la muestra del paño fino de la omnipotencia de Dios, y el principio de la naturaleza humana, a los cuales debió de dar muchas vueltas y rodearlos para ver qué modo tendría para engañarlos y apartarlos de Dios y ponerlos en su dominio y señorío. Y después de haber dado y tomado consigo mismo, no por discurso silogístico o razones mesuradas con tiempo, sino con premisas y antecedente, seguidos unos de otros, conoció que el más fácil modo podía ser hablar a nuestra madre Eva en forma humana, tomando semejanza suya y rostro parecido (en lo formal de la naturaleza, aunque diferente en las facciones) al de la misma mujer y ponerse a razonar con ella, cercado y rodeado de esta engañosa y maliciosa máscara.

Lo dicho se prueba con este discurso. En el tiempo y estado de inocencia no tenía poder ni autoridad el demonio de tentar al hombre moviéndole interiormente, conviene a saber, incitándole el apetito sensible con movimiento ilícito y desordenado, porque en las fuerzas inferiores, que consisten en lo material del cuerpo, no podía haber cosa desordenada si no procediera y naciera esta desorden de la razón y consentimiento de la voluntad, por lo cual dice Lira<sup>2</sup> que el demonio no podía tentar a nuestra madre Eva sino exteriormente, proporcionando a los sentidos exteriores alguna cosa con que inclinarla a lo que proponía; y así era muy fácil de vencer esta tentación (como nota muy doctamente nuestro Nicolao), porque si no, podía mover los sentidos interiores por los cuales se rigen los exteriores; aunque les representara muchas cosas no les venciera hasta que la razón se venció,

<sup>1</sup> 1. Petri 5.

<sup>2</sup> Nicolao de Lira.

con cuyo vencimiento quedaron vencidos y rendidos todos los demás sentidos; y así, dice San Agustín,<sup>3</sup> en el comento del *Génesis*, que no tenía el hombre contrario que pudiese forzarle y persuadirle a vivir mal, si él mismo no quisiera. De manera que no fuera poderoso el demonio a moverle ni persuadirle a lo que quería, sino que sólo le incitara con actos interiores. Por lo cual (y para poder mejor argumentar con Eva) se le apareció en forma visible. Esta forma dice Nicolao que fue de serpiente, en la cual se metió, y que era de aspecto espantoso y horrible, y que no fue elección absoluta del demonio, sino más por divina dispensación de Dios, el cual no permite que el hombre sea tentado del demonio en forma hermosa y agraciada, por la cual es fácil de engañar un hombre. Pero hace contra esto el dicho de San Pablo,<sup>4</sup> que suele este falso espíritu transfigurarse en ángel de luz para hacer sus lances falsos. Oleastro<sup>5</sup> siente haber sido animal que andaba en dos pies y levantado; pero que después de haberse aprovechado de él el demonio, para su engaño, fue por maldición de Dios postrado y derribado en tierra, para que anduviese sobre los pechos y manos. Pero Genebrardo<sup>6</sup> (refiriendo lo que se dice *In hortulo sanctii*) dice, que era animal, cuya forma y hechura de medio cuerpo arriba, parecía persona humana con el rostro de doncella hermosa, y lo demás de su cuerpo de culebra, aunque lo contradice Lira.

Séase lo que se fuere, lo que yo quiero probar es que el demonio como astuto, sagaz y caviloso que es, se aprovechó de aquella figura para su traición y dolo; y como le quedó sabrosa la mano de aquella buena suerte que con la mujer tuvo (aunque mala y perniciosa para todos sus hijos), tomó ánimo para engañar de allí adelante por esta manera y modo a todas las gentes del mundo, que ciega y desventuradamente han seguido su falsa y engañosa religión, pudiéndose llamar más propiamente corrupción y caída de abominaciones y males. Y de aquí tuvo origen de hablar por estatuas y simulacros y otras cosas, conforme hallaba más dispuestos a los hombres para oírle; y así se dice que hablaba en el oráculo dodoneo, en una encina, con Apolonio Thianeo (según Filostrato); en un olmo a Pitágoras (según Porfirio); en las aguas de un río, a Juliano, apóstata; y a Máximo, filósofo, con diversas voces y formas. Y a los encantadores, que en diversas partes suele haber, en figura de cabrón y de cabra, y en otras formas diversas. Pero llegando a lo más moderno, sabemos haberse comunicado a estos indios de muchas maneras y en muy varias formas. De los cuales los primeros que se me ofrecen son los indios de La Española y Cuba, a los cuales les hacía erigir dioses y hacer estatuas e ídolos de esta manera, según la relación que dio un ermitaño, llamado fray Ramón y lo que el almirante don Christóbal Colón dijo.

Cuando algún indio iba camino, y veía algún árbol, que con el aire se movía más que los otros, tomaba de esto mucho miedo y llegábase a él y

<sup>3</sup> Div. Aug. in cap. 11. Genes ad litteram.

<sup>4</sup> 2. Ad Cor. 11.

<sup>5</sup> Oleast. in Genes. cap. 3.

<sup>6</sup> Geneb. lib. 1. Cron.

preguntábale diciendo: ¿Tú, quién eres? Y respondíale el árbol: Llámame aquí a un bohique (que es sacerdote) y él te dirá quién soy. Iba corriendo el indio y llamaba al sacerdote, el cual, venido a aquel lugar, llegábase al árbol y sentábase junto de él, diciendo ciertas palabras y haciendo juntamente otras extraordinarias ceremonias; y luego se levantaba y le refería todas las dignidades y títulos de los mayores señores que había en la isla; y le preguntaba: ¿Qué haces aquí? ¿Qué me quieres o para qué me mandaste llamar? Dime si quieres que te corte, si quieres ir conmigo y de qué manera quieres que te lleve, que yo te prometo de hacerte casa y labrarte y cultivarte una granja o heredad. Detrás de todo lo dicho luego el árbol (o el demonio en él) le hablaba y le decía lo que quería y que lo cortase y dábale el modelo y manera cómo le había de edificar la casa y labranza y las ceremonias y sacrificios que por el discurso del año le había de hacer. Cortaba el árbol el sacerdote o hechicero, o labraba de él una estatua o ídolo muy mal tallado y figurado, porque comúnmente los pintaban feos, sin acertar a darles hermosura ni gracia; y es muy bien que la figura de un tan feo y disforme espíritu, que en nada la tiene, aun en sus retratos y figuras no la merezca, lo cual puede servir de prueba a la razón de nuestro lirano,<sup>7</sup> arriba referida. Hacíale de allí adelante cada año fiesta y ciertas ceremonias; y pedíale lo que era necesario para la república y oía sus respuestas, sirviendo de oráculo la dicha estatua. A todos los demás de la Nueva España era muy ordinario hablarles por sus ídolos y en sus falsos y abominables templos, mintiendo por sus oráculos en casi todo lo más que decía.

*CAPÍTULO XXXVII. De cómo los antiguos y modernos gentiles de estas Indias pintaban y figuraban las estatuas de sus dioses; y el intento que tenían en variar sus pinturas*



A POR LOS CAPÍTULOS PASADOS hemos dicho la antigüedad de las figuras, imágenes o simulacros y el intento del demonio en inventarlos; ahora resta decir en éste cómo las delineaban o formaban, y los particulares y diversos fines que para ello tuvieron; porque aunque es verdad que las gentes erradas en el conocimiento del verdadero Dios, no supieron atribuirle a él solo lo que fingieron en muchos, no por eso dejaban de conocer que aquellas cosas que hacían, con que servían al demonio, eran debidas a la divinidad, que es suprema a todas las cosas criadas; y que puede en todas ellas, como en obras de sus manos, sólo, como decimos, estuvo y está la falta en el fingimiento de muchos dioses, a quien se lo han atribuido, no siendo más de uno y repugnando a la razón que sean muchos (como ya en otra parte hemos dicho).

<sup>7</sup> Lira ubi supra.